

## CAPÍTULO 6

### «No me agrada/ despensa tan estirada»: tratado paródico del hambre y otras miserias de la mesa en el *Aula de cortesanos* (1547)

MARÍA DEL ROSARIO MARTÍNEZ NAVARRO  
*Universidad de Sevilla*

En el *Aula de cortesanos* (1547) del poeta renacentista salmantino Cristóbal de Castillejo (Ciudad Rodrigo, ¿1490?-Viena, 1550) se abordan detenidamente el hambre y la miseria de la mesa en la corte, temas por excelencia de la sátira antiáulica que aportan un notable humorismo a la composición<sup>1</sup>. Las principales quejas de Prudencio, personaje cansado y desengañado de su experiencia cortesana, se centran en las innumerables molestias que supone el momento de la comida en el aula, las pésimas condiciones higiénicas de la mesa, la eterna espera o la discutible calidad de las viandas, aspectos en estrecha relación con los diversos vicios que caracterizan al espacio cortesano y a sus habitantes: la gula, la avaricia, la ambición o la injusticia, entre muchos otros. En el presente trabajo, además de analizar las diversas manifestaciones del motivo del malcomer en la corte, su simbología y los recursos retórico-estilísticos a los que recurre Castillejo para describir las miserias alimentarias que sufren los cortesanos, se pondrá en relación este diálogo con otros de su producción anticortesana donde aparece la figura caricaturizada del borracho, y con otros textos del Siglo de Oro que

---

<sup>1</sup> Toda la obra anticortesana de Castillejo es analizada detalladamente en mi Tesis Doctoral «La literatura anticortesana en el Renacimiento español: Cristóbal de Castillejo», recientemente defendida en la Universidad de Sevilla bajo la dirección del Dr. Rogelio Reyes Cano (2014). Las citas textuales siguen la edición de la *Obra completa* del autor.

se insertan también en la llamada literatura de la corte como *mare malorum* y que tratan igualmente este importante y reiterado *leitmotiv* de la mala mesa. Siguiendo a R. Cacho, «el tema culinario ha funcionado desde siempre en la literatura como estímulo cómico y humorístico, vinculado con la celebración de la vida y el carnaval»<sup>2</sup>.

Si en los vv. 2631-2635 de su pieza teatral *Farsa de la Costanza* se expresa que «los que andan en la mar,/ aunque tengan esperança,/ biento en popa y mar bonança,/ no dexan de revesar» (*vomitar*) «a comer»<sup>3</sup>, el menú en el *Aula de cortesanos* no destaca tampoco por su variedad y pulcritud, ya que los cortesanos, como sucede en el tratado *De curialium miseris* de Eneas Silvio Piccolomini (Pío II), comen siempre lo mismo y lo que ingieren está en mal estado. Muy al estilo de Juvenal y sobre todo grotesco del italiano sobre el hambre, el «negro comer» (v. 1393)<sup>4</sup>, el menguado convite, la miseria hasta del ajuar «a las veces sin manteles» (v. 1411), la extrema suciedad y los paupérrimos víveres, Prudencio relata que en el almuerzo sirven carne de res<sup>5</sup> guisada o «cozida» (v. 1664) —la más barata<sup>6</sup> y dura de la época—, acompañada de un caldo aguado frío y reusado como el que les ofrecen a los comensales de la *Comedia Tinellaria* de Bartolomé de Torres Naharro y del *Diálogo de la vida de los pajes de palacio* de Diego de Hermsilla<sup>7</sup> y que también recoge Piccolomini. Durante la cena

<sup>2</sup> R. Cacho, *La poesía burlesca de Quevedo y sus modelos italianos*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2003, pág. 41.

<sup>3</sup> C. de Castillejo, *Farsa de la Costanza*, Madrid, Cátedra, 2012, págs. 200-201 y nota 173.

<sup>4</sup> Piccolomini en el fol. 728, 48-51 se refiere al pan negro (y duro) como diferenciador de clases sociales entre señores y servidores (véase E. S. Piccolomini, *Opera quae extant omnia [...]*, Basileae, Per Henrichum Petri, 1551. Universidad de Sevilla, sign. Á Res 26/1/10 y 63/3/12. Se ha solicitado el permiso correspondiente para la reproducción y cita de este texto). El pan candeal o de harina blanca es para señores y ricos, como el Cid (véase M. Á. Almodóvar, *La cocina del cid. Historia de los yantares y banquetes de los caballeros medievales*, Madrid, Ediciones Nowtilus, 2007). Don Quijote come pan negro y mugriento (I, cap. 2). Véase M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Planeta, 2001, pág. 47. Castillejo refuerza la idea en los vv. 1392-1401 del *Aula*, en comunión con la lisonja y la hipocresía: «y hazer/ por aquel negro comer/ çalemas e ipocresías,/ y aun usar, si es menester,/ de algunas lisonjerías/ diestramente, / y recibir de la gente/ a ratos algún baldón,/ y aun beber agua caliente/ los de menos condición». El agua caliente, presente también en el *De curialium miseris* (fol. 728, 21-24), indica que el agua refrescada con nieve era «un sibaritismo al alcance de pocos durante el Renacimiento» (E. Magro, «Costumbres y gastronomía en el Siglo de Oro», dossier informativo de la jornada «Costumbres y Gastronomía del Siglo de Oro» en el Museo Casa Natal de Cervantes de Alcalá, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, pág. 2).

<sup>5</sup> La carne manida y nunca fresca que se sirve en el *De curialium miseris* oscila entre la de buey (viejo), cabra, cerdo y oso (fol. 728, 31-32), mientras que el señor disfruta de carne de ciervo, liebre, jabalí, corzo, castor, faisán, perdiz, grúa, pavo, pollo, gallina, tordo, mierla, papahigo, garza, ánsar, cabrito, cordero, o conejo, muy bien guisada, en salsa o adobada con especias y acompañada de gelatinas (fol. 729, 13-21). Véase E. S. Piccolomini, ob. cit.

<sup>6</sup> Frente a la carne de volatería, considerada la mejor y la más saludable y, por ello, reservada a la clase alta.

<sup>7</sup> Para estos motivos de la carne de vaca, la escudilla y el caldo aguado, no presentes en Piccolomini pero sí en Torres Naharro y Hermsilla, véase M. D. Beccaria, «Vida y obra de Cristóbal de Castillejo», Madrid, *Anejos del Boletín de la Real Academia Española*, Anejo LV, 1997, pág. 72,

comen «fiambres» (v. 1665) en el más estricto sentido etimológico de la palabra, ya que son las sobras del almuerzo; es decir, esa misma carne cocida que ya se ha quedado fría y reseca y que es lo único que se pueden llevar a la boca, según se desprende de los juegos de palabras de Prudencio y en los que es obligado detenerse, por incluir recursos que anticipan algunos de los mecanismos expresivos de Francisco de Quevedo que no han sido atendidos por la crítica; a saber, en el juego conceptista del último verso («sobró, mas no sobrada») se alude a la doble mala calidad de la carne reutilizada para la cena (las sobras de la carne de vaca) y a su insuficiente cantidad para todos los que se sientan a la mesa («no sobrada»). En el tratado de Piccolomini la carne servida está fría, sucia, es insípida y ha sido dos veces asada y por esto está quemada (fol. 728, 33-34), mientras que en el *Aula* parece que ni siquiera se vuelve a cocinar. El personaje con el término «helada» refuerza con mucha ironía el hecho de que esa carne está fría porque es la misma que la que sirvieron para el almuerzo y que ni se recalienta<sup>8</sup>. Así la describe Prudencio, con una adaptación de la carne «frigidae» del pontífice por el fiambre, como se refleja en los vv. 1660-1667:

y el tablón del despensero,  
do el plazer  
o el vanquete suele ser  
por ordinario manjar  
vaca cozida a comer,  
vaca fiambre a cenar,  
y aun helada,  
que sobró, mas no sobrada<sup>9</sup>.

También parece lamentarse de otras molestias presentes en el *De curialium miseris* como es el tener que compartir con otros esa sopera o típica escudilla del caldo, apurada por la poca cantidad<sup>10</sup>. Castillejo ironiza con la pretendida «armonía» que el uso de este utensilio pudiera conllevar en la época, pieza

---

en nota; véase también C. L. Nicolay, *The life and works of Cristobal de Castillejo*, Filadelfia, Publications of the University of Pennsylvania, 1910, pág. 46, en nota.

<sup>8</sup> Nicolay, por el contrario, sugería para la idea de «helada» la posibilidad de que a los artesanos, como concesión, se les permita comer un suculento dulce frío de postre (véase C. L. Nicolay, *ibid.*). No obstante, si no se descarta el sentido que le da la estudiosa —aunque ella no aluda a un recurso retórico-lingüístico—, estimamos que habría que entenderlo como otro juego de palabras, en el sentido de que el plato único (la carne) hace las veces también de postre (de carne), al estar helada; pero en ningún caso podría ser dulce, ya que su consumo gozaba de prestigio social. Por otra parte, en el Siglo de Oro fueron frecuentes los debates entre médicos sobre las ventajas e inconvenientes de las comidas frías.

<sup>9</sup> Pág. 557.

<sup>10</sup> Vasija que también aparece en el *Tractado de la Corte Romana* de Baltasar Del Río, en *La Celestina*, en el *Quijote* o en los escritos biográficos de Francisco López de Villalobos, y que recuerda al famoso pasaje de la comida en el episodio del refectorio del Dómine Cabra y el pupilaje de Pablos como criado de Diego Coronel en *El Buscón*.

cuyo destino principal era «el de recibir la ración alimenticia que en el yantar cotidiano corresponde a cada uno de los componentes de la familia, reinando, de ordinario, la más estrecha armonía mientras se consume su contenido»<sup>11</sup> y a ello se une el sufrir los malos modos del arisco despensero. En ocasiones también se expresa la carencia de la comida mediante chistes escatológicos, por ejemplo, con la alusión al enema anal o «cristel» en el v. 1671, que se asemeja al vaso en el que el rey micciona descrito en el *De curialium miseriis*. Dicen así los vv. 1668-1675 del *Aula*:

y escudilla de cozina,  
a vezes más apurada  
que caldo de melezina  
o cristel  
y el despensero crüel,  
que os dize: «Muy desgraciado,  
haved paciencia con él  
hasta el día de pescado»<sup>12</sup>.

Castillejo y su álgter ego Prudencio evidencian de esta forma el ahorro extremo y de los continuos recortes efectuados en la comida de los cortesanos, mientras el rey se atiborra de *delicatessen*. La única excepción en la carta se hace los viernes de vigilia, esto es, el día que ellos llaman «el día de pescado» (v. 1675), y en el que estos pobres servidores tienen la oportunidad de comer la insípida pescada o merluza en salazón (esa «cecial» del v. 1677), —quizás ya también bacalao, comida de gente humilde<sup>13</sup>—, como irónico manjar cuaresmal y excepcional por la prohibición canónica de comer carne durante ese período del tiempo litúrgico y, por ello, disputado. Castillejo sustituye así el lucio, el pargo, las sardinas y las anguilas descritas por Piccolomini (fol. 728, 45-46) por este pescado salado para incluir un conseguido chiste litúrgico. Sin embargo, no todos tienen la suerte de catar la merluza, ya que al estar contada, los favoritos del rey (lo que en términos actuales denominaríamos los «pelotas»), se harán con ella, y los menos cobistas se quedarán a dos velas o bien con otra comida a base de dos huevos, pero podridos, por ser un producto muy caro y cotizado<sup>14</sup>.

<sup>11</sup> M. González, *La cerámica del Levante Español. Siglos Medievales I*. Loza, Barcelona, Editorial Labor, 1944, pág. 584.

<sup>12</sup> *Aula*, ibíd.

<sup>13</sup> Igualmente en la venta ofrecen bacalao a Don Quijote un viernes. El pescado en la época era un manjar reservado a las clases pudientes, por lo que era improbable que a los cortesanos les sirvieran otro tipo de pescado que no fuera el salado. En el siglo xvi la pesca del bacalao llega a su auge. En el *Ars Cisoria o Arte del cortar del cuchillo* no aparece aún el bacalao entre los pescados ceciales, pero sí la pescada, merluza o abadejo. Por otra parte, el bacalao no era un alimento bien considerado por los médicos, especialmente si estaba salado (véase E. Magro, art. cit., págs. 9-10).

<sup>14</sup> Sofronio, personaje de los *Diálogos escolares* de Juan Luis Vives, hace referencia a un solo huevo en el palacio real.

En los vv. 1677-1680 se juega con la ambigüedad de esta idea de perjudicar («hacer mal») en el hecho de que el favorito se quede con el pescado y el otro se tenga que conformar con una bazofia, y el significado de un refrán español de cocinas: «Pescado cecial, ni hace bien ni hace mal», que alude precisamente al sabor insulso del pescado curado al aire por su condición amojamada. Si al cortesano no le gusta el pescado o se lo quitan, tendrá que conformarse —si puede soportar el fuerte y mal olor de los otros comensales— con estos huevos podridos como únicos platos a elegir, en un verdadero ejercicio de degradación conceptista de los «oua tunc apponuntur tibi, cum iam pullos alunt» («huevos que ya son pollos») de Piccolomini (fol. 728, 38-39). La conseguida teatralidad del pasaje de Castillejo permite imaginar, pues, las escatológicas consecuencias para el pobre cortesano que no tenga más remedio que comérselos y quien seguramente no se libre de la intoxicación, la infección gastrointestinal, la diarrea, los vómitos o de otros incómodos síntomas tras su ingesta. Con ello, además, Castillejo nos da con excelente humor testimonio del consumo permitido de huevos durante la Cuaresma, dado el privilegio que otorgaba en España la Bula de la Santa Cruzada<sup>15</sup>, costumbre que se mantendría años después debido a que «las prescripciones religiosas y el rigor de la Contrarreforma obliga a alternar días grasos con días magros»<sup>16</sup> (vv. 1676-1680):

en el qual  
vuestro pescado cecial  
dan a los más favoritos,  
y si aquello os haze mal,  
un par de güevos podridos<sup>17</sup>.

Aparte de esta comida que que hoy llamaríamos «basura» o «chatarra», Prudencio, como Piccolomini, también denuncia el caos y la suciedad del tinelo y de la mesa en la que comen, con los manteles pegados a la tabla por la mugre o el tener que aguantar la peste y el mal aliento de algunos de sus allegados, por su extremada cercanía y el espacio limitado, que les constriñe a comer todos apretujados. El personaje incluso hace un chiste escatológico con los términos «salvonor» o «salvohonor»<sup>18</sup> (el culo) y «boca» en alusión a aquellos cortesanos que mientras comen aprovechan sin pudor alguno el ruido del vocerío en la sala para expeler ciertas ventosidades y flatulencias, siendo las primeras las más apestosas, como en una especie de competición,

<sup>15</sup> Concedida por primera vez por el papa Inocencio iii a principios del siglo xiii.

<sup>16</sup> E. Magro, art. cit., págs. 6 y 8.

<sup>17</sup> *Aula*, ibíd.

<sup>18</sup> Castillejo también acude a este vocablo en otros dos chistes soeces para satirizar los efectos del miedo, uno en el poema *Sobre un desastre que aconteció a un confesso* (v. 44) y el otro en la *Farsa de la Costanza* (v. 2460), como marca de oralidad (véase C. de Castillejo, *Farsa* ob. cit., pág. 195, en nota).

según le cuenta Prudencio a su sobrino Lucrecio en su retahíla de penalidades vividas (vv. 1681-1690):

Pues hedor  
de la chusma en derredor  
es pestilencia no poca,  
y algunos qu'el salvonor  
haze ventaja a su boca,  
assentados  
muy juntos, muy apretados,  
con bozes y confusión,  
y los manteles pegados  
de muy suzios, al tablón<sup>19</sup>.

Castillejo demuestra, una vez más, en este cuadro grotesco sus afinidades con la tradición italiana, especialmente con Piccolomini, quien alude a esos mismos manteles negros, rotos y grasientos en el fol. 728, 25 («nigris, laceris, unctis»), como hará igualmente Herмосilla<sup>20</sup>, y a los malos olores, y con la misma minuciosidad con la que Eneas Silvio (fols. 729-730) y también Quevedo<sup>21</sup> retratan «los aspectos más escatológicos»<sup>22</sup>: las flatulencias, las ventosidades cuyo mal olor se huele y se esparce<sup>23</sup>, el barullo, la suciedad, la peste o la comparación de la escudilla al utensilio para limpiar el vientre presentes en estas comidas.

Por otra parte, quizás no sea atrevido afirmar que esta alusión al esparcimiento del mal olor de los comensales invierte con gracia el olor de santidad y la fragancia que emanaban Jesús, los doce Apóstoles y otros santos y mártires, en asociación con la propagación de su buena fama. A este respecto, por tanto, disentimos de la opinión de M. D. Beccaria de que Castillejo «de acuerdo con su propia sensibilidad omite o lenifica lo más desagradable, que el *De Curialium...* muestra en toda su crudeza. Castillejo [...] quiere despertar la sonrisa del lector... pero no el vivo asco»<sup>24</sup>.

Esto mismo sucede en el caso anteriormente referido del cristel, cuya elección, a nuestro juicio, supone un mayor grado de escatología respecto al vaso de palo o de corcho de Piccolomini (fol. 728, 4-7), o esos huevos podridos, con los que no consideramos que Castillejo haya pasado por el «tamiz»<sup>25</sup> el modelo

<sup>19</sup> Págs. 557-558.

<sup>20</sup> Véase M. D. Beccaria, *ibíd.*

<sup>21</sup> Por citar tan solo un ejemplo, el romance satírico *Boda de negros*.

<sup>22</sup> R. Cacho, *ob. cit.*, pág. 51. El estudioso sugiere una conexión de algunos textos de Quevedo con el *Morgante* de Luigi Pulci por los vómitos y los humores que el personaje de Margutte desprende por la nariz.

<sup>23</sup> Las alusiones a las ventosidades hallan ejemplos paralelos en la citada obra de Pulci como en el *Simposio* de Lorenzo de' Medici (véase R. Cacho, *ob. cit.*, págs. 52-53).

<sup>24</sup> M. D. Beccaria, *ob. cit.*, pág. 73.

<sup>25</sup> Véase M. D. Beccaria, *ibíd.*

original con la intención de «colar» lo más soez sino, por el contrario, con una intención plenamente conceptista y «prequevedesca» de resumir en pocas palabras y resaltar hiperbólica e intencionadamente lo negativo mediante una fina ironía y complicidad con el lector.

La prolongada espera de las comidas, precedente de aquella «eterna» de *El Buscón*, y que se sirven no cuando los cortesanos quieren o tienen hambre sino cuando se tercie, al igual que sucede en el *De curialium miseris*, no antes del mediodía y «nunquam in suo tempore» (fol. 727, 43-49) o en el *Scholástico*, por ejemplo, se convierte en otro de los motivos del malestar, ilustrada por Prudencio con el caso de los escuderos (vv. 1622-1659):

Notad, pues, que de presente  
y en los tiempos que ya fueron,  
siempre de mísera gente  
los palacios anduvieron  
    proveídos;  
unos desfavorecidos,  
otros a quien no les bastan  
los salarios y partidos  
al tercio de lo que gastan  
y querrían,  
special quando solían  
usarse en corte escuderos,  
que lo más del mes bivían  
escusados de dineros  
    y ducados.  
Verlos heis muy estirados  
y hufanos al parescer,  
bozeando de enhadados  
d'esperar para comer  
a la una,  
con su pobreza importuna  
quexosos, según su quienta,  
de la contraria fortuna,  
que les fue tan avarienta  
    de favor;  
con cuidado del señor,  
si cavalga o no cavalga,  
y fuera en el corredor  
esperándole que salga  
noche y día.  
Mil trabajos os podría,  
tomándolo de reposo,  
contar que saber solía

deste pueblo desseoso  
 de que oís,  
 quando husavan borzeguís  
 y era el sueldo un año entero  
 cinco mil maravedís<sup>26</sup>.

Para describir con más detalle esta miseria culinaria, Prudencio incluye también variadas facecias con referencias a refranes, pero quedémonos ahora con una de las historias intercaladas más divertidas: la del tacaño y cruel comendador Esquivel<sup>27</sup>, que le viene en sazón al sabio «magister» para ejemplificar de manera didáctica y casi documental las duras condiciones de la vida de palacio (vv. 1691-1745). En ella cabe destacar el irónico políptoton mediante las palabras «licencia» y «licenciado»:

Dios os guarde,  
 Lucrecio, temprano y tarde  
 destas miserias y duelos,  
 y de entrar en el alarde  
 de despensas y tinelos  
 de señores,  
 y de la hambre y dolores  
 de la más limpia y mejor,  
 quanto más de los primores  
 de la del comendador  
 Esquivel,  
 cuya casa y aranzel  
 muy por lo delgado yendo,  
 diz que una vez vino a él  
 su despensero, diciendo  
 muy paciente:  
 «Toda, señor, este gente  
 de cas de vuestra merced  
 se quexa terriblemente  
 de la hambre y de la sed,  
 y de mí,  
 que no se lo merescí,  
 y trátanme de mal modo,  
 clamando todos aquí  
 que la causa dello todo  
 yo la soy;  
 y an dado mil voces oy

<sup>26</sup> Págs. 556-557.

<sup>27</sup> Sobre este personaje, véase M. D. Beccaria, ob. cit., pág. 70.



diziendo qu'el año en peso  
a las cenas no les doy  
sino rábanos y queso;  
enojados,  
dizen que ya están cansados  
de tal forma de bivar;  
y que de muy enhadados,  
no lo pueden más sufrir.»  
«Gran razón  
—dixo Esquivel— y ocasión  
tienen éstos de querella,  
y tu poca discreción  
es toda la causa della;  
y el enhado  
de que se te an querellado  
nasce de causa donosa,  
qu'es darles demasñado,  
y siempre una mesma cosa  
a porfía;  
pero dándoles un día  
los rábanos solamente,  
y otro el queso, apostaría  
que cada qual se contente.  
Hazlo assí,  
y el que torciere de allí  
y se mostrare agraviado,  
yo te doy licencia a ti  
que le hagas licenciado.»<sup>28</sup>.

En la historia, Esquivel<sup>29</sup> replica a su despensero y le sugiere la solución de contentar a los desnutridos cortesanos, padecedores de una dieta pobre y monótona al borde de la inanición, probablemente como la de Castillejo, a través de la alternancia de rábanos y queso para saciar sus estómagos vacíos. M. D. Beccaria indica que la grotesca anécdota introducida procede del refrán *Rabanete y queso tienen la corte en peso*<sup>30</sup>, formulado en la época como *Rábanos y queso traen la Corte en peso (Tesoro)* para denotar que «los pobres, y labradores mantienen el fausto de los cortesanos», y que el mirobrigense adapta con gracia en los vv. 1718-1720<sup>31</sup>.

<sup>28</sup> Págs. 558-559.

<sup>29</sup> Sobre este personaje, véase M. D. Beccaria, ob. cit., pág. 70.

<sup>30</sup> Véase Melchor de Santa Cruz, *Floresta española*, Barcelona, Crítica, 1997, pág. 445.

<sup>31</sup> Antonio de Guevara también acude a esta peculiar dieta de rábanos y queso, así como a los motivos del mal comer y el mal dormir en el *Aviso de privados* (véase A. de Guevara, *Aviso y doctrina de cortesanos [...] en Barcelona por Hieronymo Margarit*, 1612, fols. 102v-103r).

De esta manera, el cortesano ve pasar su dura vida, esperando que llegue la ansiada hora de la comida. Prudencio parodia y equipara ese anhelado momento con la venida del Mesías (el señor), como lo reflejan los vv. 3737-3747. El personaje se luce asimismo con el juego que le ofrece el adjetivo *sabrosa* y la polisemia del sustantivo *mella*, adecuados para este contexto culinario del hambre de los servidores y para abordar el tema manido de las falsas apariencias y la verdadera y cruda realidad que esconde este oficio en la corte, presente en los vv. 3757-3786. Por consiguiente, lo poco que el cortesano come y duerme no es suficiente para superar los duros trabajos propios de la servidumbre<sup>32</sup>:

Y el que viene,  
si el dicho señor no tiene  
muy a punto la comida,  
también es fuerça que pene  
esperando su venida,  
tras la qual,  
como cosa principal,  
se pierde lo más del día;  
que sería menos mal  
pasalla en una hostería  
o mesón.

[...]

Toda cosa,  
aunque parezca sabrosa  
y próspera en lo presente,  
en palacio es trabajosa,  
de descanso careciente.  
No ay lugar  
ni tiempo tan sin pesar,  
tan libre, tan reservado,  
do quien sirva pueda estar  
sin mella de algún cuidado.

Aun comiendo,  
cenando y aun durmiendo,  
por respeto de servir,  
se ha d'estar siempre diziendo  
que aun ay algo que cumplir;  
de manera  
que doquiera y como quiera,  
la más dulce servitud  
desassosiega y altera,  
y es causa de inquietud

<sup>32</sup> Págs. 612-613.

y amargura;  
 y el que descanso procura  
 en corte, no piense avello,  
 que mientras el servicio dura  
 es imposible tenello;  
 ni lo espere  
 quien tras reyes anduviere,  
 porqu'ellos mismos aquí,  
 mientras otro mundo no uviere,  
 no lo tienen para sí.

Por otra parte, en el *Diálogo entre la Adulación y la Verdad* o *Diálogo entre la Verdad y la Lisonja* (1545) de Castillejo, en el ataque de la Verdad a la falsa apariencia de su contrincante, el autor juega con el contraste entre la suciedad de las viandas que envuelve a la mosca, atraída también por el vino<sup>33</sup>, y la supuesta opulencia de una mesa regia. La mosca por muy mesa real en la que se pose, sucia mosca seguirá siendo, como la Adulación cortesana, quien seguirá siendo una falacia por mucho que finja lo que no es (vv. 1069-1072):

como mosca que assentada  
 en una mesa real,  
 no pierde su natural  
 de suzia desventurada<sup>34</sup>.

Con esta misma línea se podría vincular otro de los poemas de Castillejo llamado *Transfiguración de un vizcaíno, gran bevedor de vino*, en el que la grotesca figura de un pobre vizcaíno confeso llamado Juan de Azcoitia, con una similar y desmedida afición a beber y «devoto» de Baco, es convertido en un simple mosquito tras entonar su oración al dios del vino mediante el procedimiento paródico y jocoso de la transfiguración o metamorfosis del alcohólico empedernido, como variante de la técnica del *contrafactum* que recuerda tanto a los vv. 407-415 de las *Metamorfosis* de Ovidio, donde la divinidad convierte a las Minfades en murciélagos<sup>35</sup>, como a aquellos mosquitos ahogados en el vino del soneto núm. 531 (*Bebe vino precioso con mosquitos dentro*) de Quevedo.

<sup>33</sup> No solo los mosquitos gozaban de la fama tradicional en el Siglo de Oro de ser «muy aficionados al vino» (véase R. Cacho, ob. cit., págs. 199 y 205), ya que en un pasaje del primer libro de la *Laus muscarum* de Teofilo Folengo este destaca el mismo «nocivo amor por la bebida» de la mosca (véase R. Cacho, ob. cit., pág. 207).

<sup>34</sup> Pág. 683. En el fol. 727, 39-40 del *De curialium miseris* se aprecia otra posible relación con esta metáfora burlesca: «ac sicut musca pingues mensas, sic isti unctas dominorum popinas infectantur: quamuis rogalibus epulis magis muscae quam isti potiantur» (véase E. S. Piccolomini, ob. cit.).

<sup>35</sup> Véase C. de Castillejo, *Antología poética*, Madrid, Cátedra, 2004, pág. 218, en nota.

La hiperbólica transfiguración física (y no moral) en insecto que Castillejo describe con minucioso detalle (vv. 128-153) responde, en efecto, a ese pensamiento de que «bien se sabe cuántos mosquitos se crían en las bodegas aficionados al vino dellas, y así para dar a entender que una persona es amiga deste licor, suelen llamarle mosquito» (*Tesoro*):

sin del lugar menearse,  
súbito sintió mudarse  
en otra composición:  
el corpezuelo se troca,  
aunque antes era bien chico,  
en otra cosa más poca,  
y la cara con la boca  
se hizieron un rostrico.

Las piernas se le mudaron  
en unas çanquitas chicas,  
los braços en dos alicas  
qu'encima dél assomaron;  
cobró más el dolorido  
dos cornezicos por cejas,  
por voz un cierto sonido  
a manera de rüido,  
enojoso a las orejas.

En fin fue todo mudado  
y en otro ser convertido,  
pero no mudó el sentido,  
solicitud y cuidado.  
Quedándole entera y sana  
la inclinación y apetito,  
sin mudársele la gana,  
mudó la figura humana  
y quedó hecho mosquito<sup>36</sup>.

En conclusión, los textos aquí recogidos de Castillejo comparten una notable precisión en el manejo del lenguaje y una agilidad en la expresión casi teatralizada de la podredumbre de la vitualla como eficaz alegoría de la miseria y putrefacción moral de la corte y de aquellos desgraciados que la habitan. No es de extrañar, por tanto, que el joven Lucrecio muestre en algún momento su desengaño y reparo

<sup>36</sup> Págs. 330-331. Véase M. R. Martínez; A. Loeza, «Mito y metamorfosis en la obra de Cristóbal de Castillejo», «*Sapere aude*». *Actas del III Congreso Internacional Jóvenes Investigadores del Siglo de Oro (JISO 2013)*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 24/ Publicaciones digitales del GRISO), 2014, págs. 230-231.

hacia esta forma de vida áulica. Sus sinceras palabras de disgusto dan título a este trabajo (vv. 1746-1755):

No me agrada  
despensa tan estirada  
y religión tan estrecha,  
ni cena tan apocada  
ni poquedad tan derecha;  
esso tal  
más es cosa d'espital  
que casa de cavallero,  
dond'es menos liberal  
el amo qu'el despensero<sup>37</sup>.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ALMODÓVAR, M. Á., *La cocina del cid. Historia de los yantares y banquetes de los caballeros medievales*, Madrid, Ediciones Nowtilus, 2007.
- ARAGÓN, E. DE, *Arte Cisoria ó Tratado del arte del cortar del cuchillo que escribió don Henrique de Aragón, Marques de Villena; la da a luz... la Biblioteca Real de San Lorenzo del Escorial, en Madrid, en la Oficina de Antonio Marin*, 1766.
- BECCARIA, M. D., *Vida y obra de Cristóbal de Castillejo*, Madrid, *Anejos del Boletín de la Real Academia Española*, Anejo LV, 1997.
- CACHO, R., *La poesía burlesca de Quevedo y sus modelos italianos*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2003.
- CASTILLEJO, C. DE, *Obra completa*, Madrid, Biblioteca Castro, 1998.
- *Antología poética*, Madrid, Cátedra, 2004.
- *Farsa de la Costanza*, Madrid, Cátedra, 2012.
- CERVANTES, M. DE, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Planeta, 2001.
- COVARRUBIAS, S. DE, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid/ Frankfurt, Iberoamericana Vervuert, 2006.
- GONZÁLEZ, M., *La cerámica del Levante Español. Siglos Medievales I. Loza*, Barcelona, Editorial Labor, 1944.
- GUEVARA, A. DE, *Aviso y doctrina de cortesanos compuesto por el Ilustre, y Reuerendissimo señor don Antonio de Guevara, Obispo de Mondoñedo, Predicador, y Choronista, y del Consejo de su Magestad. Dirigido al Ilustre señor don Francisco de los Cobos, Comendador mayor de Leon, del consejo de estado de su Magestad, en Barcelona por Hieronymo Margarit*, 1612.
- HERNANDO, C. J., «Un tratado español sobre la corte de Roma en 1504: Baltasar del Río y la sátira anticortesana», *Roma y España: un crisol de la cultura europea en la Edad Moderna. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Real Academia de España en*

<sup>37</sup> Pág. 559.

- Roma del 8 al 12 de mayo de 2007*, Madrid, Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior, 2007, págs. 189-238.
- LÓPEZ DE VILLALOBOS, F., *Libro intitulado Los problemas de Villalobos, que trata de cuerpos naturales y morales. Y dos dialogos de medicina: y el tratado d[e] las tres gra[n]des: y vna cancion y la comedia de Amphytrion, en Sevilla, en casa de Hernando Diaz, impressor de libros, en la calle de la Sierpe*, 1574.
- MAGRO, E., «Costumbres y gastronomía en el Siglo de Oro», dossier informativo de la jornada *Costumbres y Gastronomía del Siglo de Oro* en el Museo Casa Natal de Cervantes de Alcalá, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- MARTÍNEZ, M. R. y LOEZA, A., «Mito y metamorfosis en la obra de Cristóbal de Castillejo», «*Sapere aude*». *Actas del III Congreso Internacional Jóvenes Investigadores del Siglo de Oro (JISO 2013)*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 24 / Publicaciones digitales del GRISO), 2014.
- NICOLAY, C. L., *The life and works of Cristobal de Castillejo*, Filadelfia, Publications of the University of Pennsylvania, 1910.
- PICCOLOMINI, E. S., *Opera quae extant omnia [...] His quoque accessit Gnomologia ex omnibus Syluij operibus collecta l [per Conradum Licosthenem]*, Basileae, Per Henrichum Petri, 1551, fol. 729, 13-21.
- QUEVEDO, F. DE., *Historia de la vida del buscón llamado don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*, Madrid, Espasa-Calpe, 2006.
- *Poesía varia*, Madrid, Cátedra, 2008.
- ROJAS, F. DE, *Celestina*, Madrid, Espasa-Calpe, 2007.
- SANTA CRUZ, M. DE, *Floresta española*, Barcelona, Crítica, 1997.
- VILLALÓN, C. DE, *El Scholástico*, Barcelona, Crítica, 1997.
- VIVES, J. L., *Ejercicios de lengua latina*, Biblioteca Valenciana Digital.